

Valerosa cohorte,
Con los conquistadores,
A traer anclas, hierros y espolones
Hasta las playas de la mar del Norte
Y en la flota subieron extenuados
Para hacerse á las ondas procelosas,
Que su sangre salpica,
Manejando ora el remo, ora la pica,
A un tiempo marineros y soldados.
Y dejaban atrás hijos y esposas
Ya están en el Perú, donde se
mueve
El ejército, al hálito fuimario,
Bajo copos de nieve,
Que sirven á los héroes de sudario.
Que les queman los ojos; sobre
hielos
Que hacen perder los dedos
No hay fuego: hay sólo el viento de
la sierra;
No hay tiendas: hay carámbanos No
hay cielos.
Negro sobre la nieve, el
campamento, Rondado por los
cóndores que acechan

Y las bandadas de aves de rapiña,
Deja escapar á veces un lamento
Alvarado les abre su tesoro:
— Todo el oro que veis, tomad,
señores, Salvo el del rey. Y los
conquistadores:
—Queremos pan; no oro
Se improvisa orador, y su macabra
Hueste, le escucha, y á su heroico
acento
Se pone aquella hueste en
movimiento;
Y pudo más que el oro, la palabra
Más allá ¿Pero es todo el sufrimiento
De la hazaña insensata?
No es todo, todavía
Les esperan el ténpano que mata,
La cima que es más fría.. ¡qué es
más fría!
Al asirse á las peñas fatigados,
Las peñas aún más frías que los
hielos, Paralizan sus miembros de
improviso,
Y perecen helados.
Hambreados, sin aliento,

Todo peso es estorbó á sus espaldas Como el de la obsesión que fatigaba
¡Dar un paso! ¡Qué fuerza necesita! Al ávido don Pedro Y él miraba
Pedro Gómez entonces, en la nieve. Todo como un mal sueño! ¡Todo de
Regó toda su carga de esmeraldas, oro!
Y en seguida el ejército le imita ¡Diamantes! . La encendida
¡Todos lo imitan!: idolillos de oro, Llama de los rubíes, y las azules
Patenas, arracadas con pinjantes, Del zafiro, en su fiebre, cintilaban
Sartas, escarcelones, Como un sarcasmo á su ambición
Ajorcas, aguilicas y leones, herida.
Todo de oro; collares de diamantes; Entonces un soldado,
Máscaras y cabezas de lebreles; Abrazado á una peña, en el atajo
Bronchas, cuentas, tacicas, Que orillaba el abismo,
Espejos de dos haces, cascabeles; —¡Este no es oro bajo!
Cuarenta hachas con mezcla, que Le dijo, y en el brazo en que esgrimía
valían Su pica, antigua marca sombreaba.
Hasta dos mil ducados; Helado por la peña rodó abajo.
Pescados que al cogerlos se movían; Era el que hablaba un indio
Armaduras enteras semejantes cuscatleco
A arcángeles radiantes derribados, Lloró el héroe sn muerte ó su
Todo de oro. Rodelas, ironía,
Que fueron ora el Sol, ora la Luna, Mientras del viento en el silbar oía
Pendientes en los muros asaltados La risa del dios Pluto como un eco.
Todo cubrió el camino. Era un tesoro FRANCISCO GAVIDIA